

Una industria milenaria desaparecida Neveras y pozos de hielo en Aragón (1)

A través de este documentado, original y "refrescante" trabajo –primero de dos entregas consecutivas–, su autor, arqueólogo e historiador, nos introduce en la esforzada y casi olvidada industria de la obtención, acarreo y conservación de la nieve y el hielo en Aragón con destino a los hospitales, boticas, botillerías, heladerías, etc. Lo que hoy nos parece una auténtica reliquia del pasado, constituyó en su día una paciente y trabajosa actividad, minuciosamente reglamentada a través de ordenanzas específicas y motivo, con frecuencia, de curiosos litigios en torno a la calidad, procedencia e, incluso, propiedad de la nieve y el hielo.

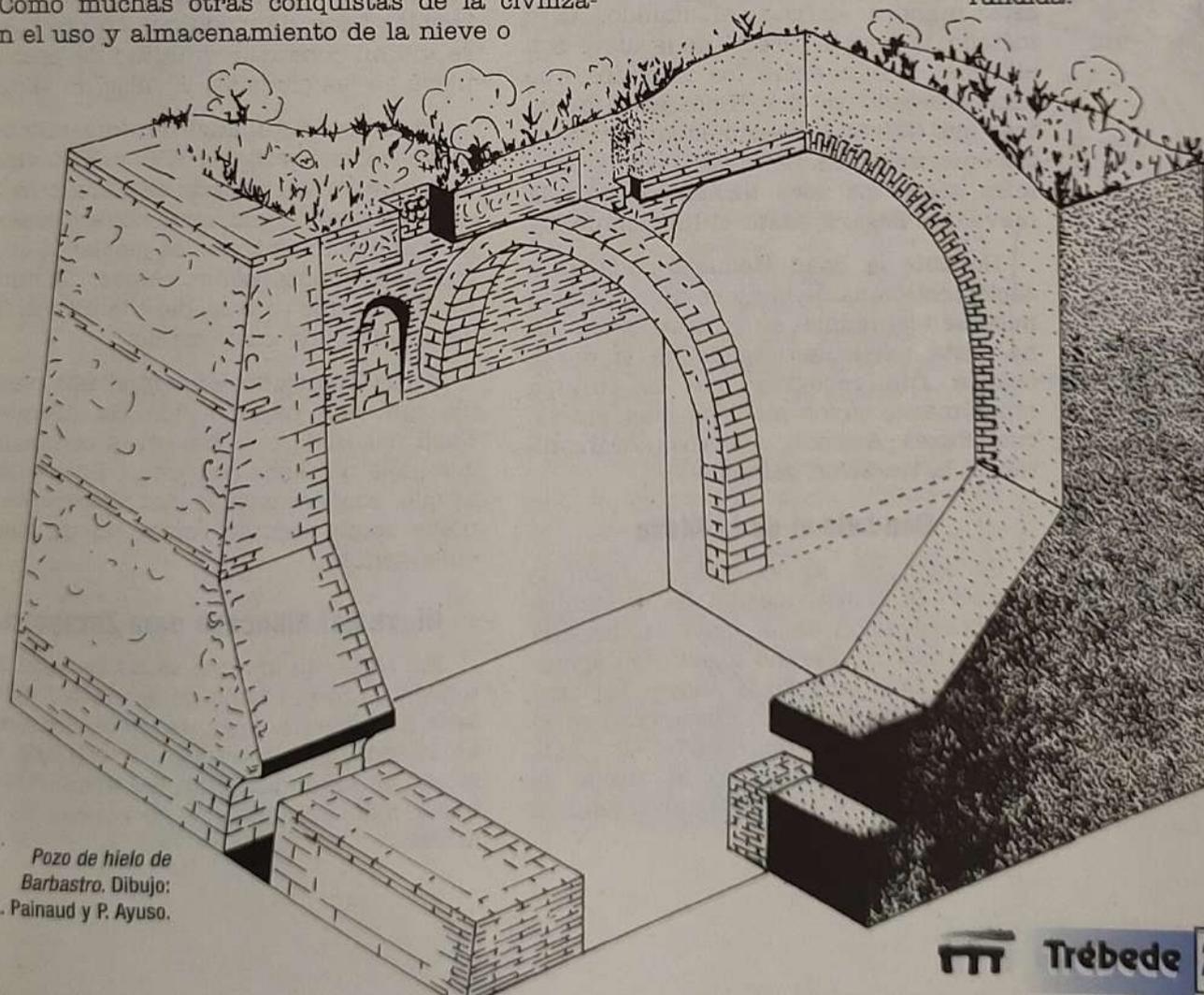
José Luis Ona
Historiador

Nos costaría trabajo imaginar, ahora que estamos acostumbrados a la refrigeración artificial –señala Xavier de Planhol– la lucha milenaria del hombre civilizado por conseguir el lujo y el placer de beber frío durante las horas más cálidas del verano.

Como muchas otras conquistas de la civilización el uso y almacenamiento de la nieve o

el hielo surgen en la antigua Mesopotamia. Se han localizado "casas del hielo" en diversas ciudades (Ur, Assur, Hattusas, etc.), fechadas en la primera mitad del segundo milenio A.C.

En el palacio de Mari se construyeron varias neveras en ladrillo, subterráneas y con sus correspondientes drenajes para evacuar el agua fundida.



Pozo de hielo de
Barbastro. Dibujo:
A. Painaud y P. Ayuso.



Fuendetodos, nevera de la Culroya. Foto: José Luis Ona.

El avance, como es natural, se expandió por la cuenca mediterránea y son numerosos los testimonios de su uso entre griegos y romanos. Es bien conocido el episodio de la construcción de al menos treinta depósitos de nieve durante el asedio de Petra por el ejército de Alejandro Magno (327 A.C.).

Para refrescar bebidas existió un vaso cerámico especial, el "psykter", que lleno de nieve se introducía en el interior de una crátera de vino, consiguiendo de esta manera enfriar el líquido. Otro método, la mezcla directa de la nieve con el agua, común entre los romanos, fue desaconsejado ya por Hipócrates, mientras que Galeno lo recomienda para ciertas enfermedades. Se inicia así una polémica sobre los usos terapéuticos de la nieve que llegará hasta el Renacimiento.

Durante la Edad Media aquella utilización cotidiana de la nieve decayó hasta hacerse testimonial en la Europa cristiana. Este particular legado de la época clásica fue recogido por la cultura musulmana, cuyos médicos más preclaros (Razés, Avicena, Averroes) transmitieron la tradición galénica.

Don Luis el de la Nieve

Se atribuye al valenciano Luis de Castelví la reintroducción de la técnica de conservación de la nieve en España hacia 1549, lo que dio lugar a su sobrenombre: Don Luis de la Nieve. Tal atribución se recoge en un documento zaragozano, impreso en 1687: «D. Luis Castelví, Valenciano, dio la traza de guardar la nieve, y de resfriar el agua al uso de oy, año 1549».

Comenzaba con el "invento" de D. Luis, con titubeos y discrepancias, como toda novedad, una auténtica revolución en la vida de nuestros antepasados. Hubo médicos, como Cristóbal de Vega, que alertaron (1564) sobre los efectos perniciosos del agua de nieve, así como de la costumbre, ya extendida, de refrescar vino con hielo. Pero las gentes encontraron grato el beber frío y Francisco Franco publicó en 1569 el *Tratado de la nieve y del uso della*, primera monografía europea sobre el particular. En ella Franco, catedrático de Prima en Sevilla, alaba la reciente construcción de pozos de nieve en su ciudad y anima a los sevillanos a usarla.

Al poco, en 1571, ya es un prestigioso médico, Nicolás Monardes, el que publica, también en Sevilla, su *Libro que trata de la nieve y de sus propiedades y del modo que se ha de tener en el beber enfriado con ella, y de los otros modos que ay de enfriar*, ampliamente difundido por Europa a través de traducciones que merecieron sucesivas reediciones. Hubo muchas más publicaciones ensalzando las propiedades terapéuticas de la nieve y las bebidas frías, de modo que en pocos años se vieron construir multitud de pozos de nieve en las ciudades y villas de España.

Casualmente el auge del comercio de la nieve entre los siglos XVI y XIX vino a coincidir con un periodo de clima más frío que el actual. El enfriamiento general originó el crecimiento de los glaciares de las cadenas montañosas (Alpes, Pirineos, etc.) en lo que se considera la última fase del glacialismo cuaternario.

Se ha manejado como hipótesis plausible que ese periodo frío (la "Pequeña Edad del Hielo"), entre otras consecuencias más o menos conocidas, favoreció el acopio, conservación y distribución de la nieve como recurso comercial de cierta envergadura.

Nieve del Moncayo para Zaragoza

En 1584, aunque no se usaba «aun entonces tanto el regalo de la nieve», ya estaba plenamente organizado su comercio en la ciudad de Zaragoza. A ese año remonta el arrendamiento del abasto de la nieve más antiguo que se conoce en la ciudad.

«Se atribuye al valenciano Luis de Castelví la reintroducción de la técnica de conservación de la nieve en España hacia 1549»

El concejo zaragozano estableció por entonces un sistema de abastecimiento que, con sucesivas variaciones, pervivió hasta entrado el siglo XIX. El derecho de venta de nieve se consideró una prerrogativa municipal. El concejo sacaba a pública subasta el abasto y el mejor postor, bajo una serie de pactos estipulados en la correspondiente Capitulación, subrogaba aquel derecho en su favor, comprometiéndose en esencia a que no faltara la nieve en la ciudad durante el año a cambio del monopolio de su venta.

El primer "arrendador" del que tenemos noticia fue Martín Vela, vecino de Añón, al pie del Moncayo. No es casualidad esta circunstancia. La nieve del Moncayo, «que de suyo es tan fría, blanca, limpia y de buen servicio» se consideraba en 1667 como la mejor del reino. En Zaragoza se estimaba que la nieve de esa procedencia «es la que mas enfria, pues la cantidad de una libra, enfria mas que la de dos libras de otra nieve» y con la de otras montañas «no es posible ponerse la bebida fria como se pone con la que es de Moncayo».

Los arrendadores que siguieron a Martín Vela durante el siglo XVII (los mercaderes Martín de Villanueva, Pedro Borruel, Lorenzo Gil y otros) siempre abastecían a Zaragoza con la nieve de los pozos construidos en el Moncayo, excepto los 40 días que se les permitía traerla de cualquier otro sitio.

Tanta fama tuvo la nieve del Moncayo, tanta la fe en sus propiedades (ciertas o figuradas), que en 1667 el concejo zaragozano impuso la crecida pena de mil seiscientas libras jaquesas al arrendador D. Bruno Díaz de Contamina "por la frecuencia, y abuso que ha tenido introduciendo, y vendiendo nieve en la presente Ciudad que no era de Moncayo". Don Bruno introdujo alguna partida de nieve procedente de Tabuena como si fuera moncaína y como los pactos establecían que debía de ser "de Moncayo y quatro leguas al derredor" estalló una curiosa controversia sobre si las cuatro leguas (unos 20 km.) debían de contarse desde la cima del monte o desde su base. Estaba en juego la supuesta calidad de la nieve, los perjuicios a la salud de los ciudadanos y las ventajas y

ganancias del arrendador al traerla de más cerca.

Se pidieron dictámenes de conocidos juristas para establecer esta suerte de "denominación de origen" de la nieve. Tras consultar a testigos y expertos se confirmó que "la nieve de Taguenca, y demas Lugares no es nieve de Moncayo ni de tan buena calidad, bondad y limpieza" y que las famosas cuatro leguas «solo se han de contar dentro de la propia distancia y Sierra, que es, y compone proplamente el Monte de Moncayo».

Nieve y hielo

Al principio fue la nieve. A ella se refieren los tratados médicos del siglo XVI. Pero no en todos los sitios nevaba con abundancia y a veces las montañas se encontraban tan lejanas de algunas poblaciones que el transporte encarecía notablemente el producto.

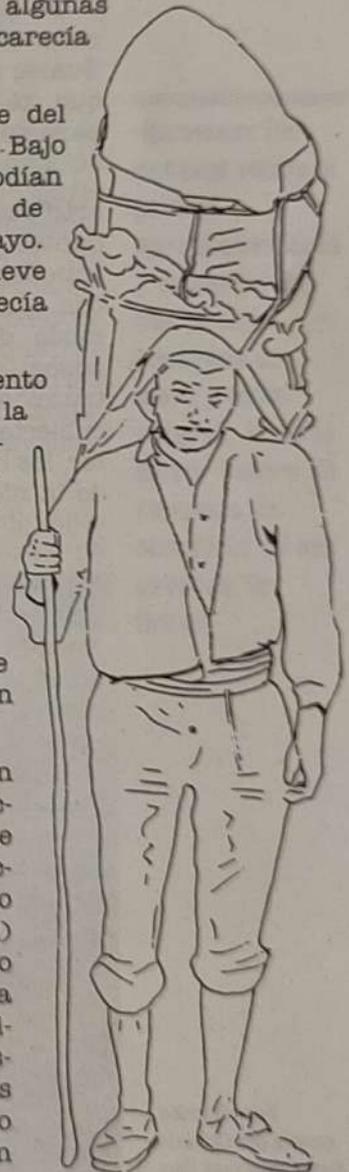
En la parte central del valle del Ebro (Monegros, las Riberas, Bajo Aragón) muchos pueblos no podían permitirse el lujo zaragozano de abastecerse de nieve del Moncayo. En estas comarcas, a falta de nieve abundante, el invierno ofrecía numerosas heladas.

Como alternativa o complemento de la nieve bien pronto se vio la utilidad de hielo obtenido en balsas derivadas de ríos y acequias. El comerciante Pablo Xerquies consiguió en 1607 licencia de Felipe III para vender hielo en sustitución de la nieve resaltando las ventajas de «esta invención nueva, y que hasta agora no se ha usado en estos reinos».

En Aragón coexistieron sin apenas problemas ambos productos. Si bien la nieve parece que conservó cierto prestigio respecto al hielo (que en un principio era visto como más perjudicial) la economía terminó allanando cualquier asomo de duda. La gran mayoría de pozos (municipales o privados) que se construyeron en los cascos urbanos de ciudades, villas y lugares, o en su inmediato entorno, fueron

«En 1584, aunque no se usaba «aun entonces tanto el regalo de la nieve», ya estaba plenamente organizado su comercio en la ciudad de Zaragoza»

Porteador de nieve de los Pirineos franceses (de Ada Acouitsiotti-Hameau).



«Se han documentado depósitos naturales (dolinas kársticas de Cupierlo, en Guara; oquedades y simas en el Turbón) que se recubrían con ramas o tierra para su mejor conservación»

pozos mixtos, y se empozaba hielo o nieve según las circunstancias meteorológicas. Lo realmente importante era que durante el verano no faltase el abastecimiento.

Podemos establecer para Aragón dos tipos de aprovisionamiento bien diferenciados:

- 1.- Neveras de montaña.
- 2.- Pozos urbanos de hielo y nieve.

Las neveras de montaña aprovechan exclusivamente la nieve precipitada en zonas de cierta altitud y orientación. Normalmente su aprovechamiento requiere labores previas de recogida y almacenamiento en lugares apropiados situados en el propio monte.

Se han documentado depósitos naturales (dolinas kársticas de Cupierlo, en Guara; oquedades y simas en el Turbón) que se recubrían con ramas o tierra para su mejor conservación.

Pero lo más usual eran los depósitos artificiales. Los "ventisqueros", abundantes en el Moncayo y Javalambre, retienen la nieve en ciertas vaguadas con auxilio de un muro construido a modo de presa. Sin embargo son los pozos, o propiamente "neveras", construcciones subterráneas y debidamente cubiertas, casi siempre de planta circular, los que garantizaban la conservación de la nieve de una manera más eficaz.



Fuendetodos, nevera del Calvario.
Foto: José Luis Ona.

Pueden aparecer agrupados, en número variable, formando un centro de producción con objetivos comerciales. Otras veces surgen aislados y suelen servir de abastecimiento a determinada población.

El mayor y más antiguo centro productor y exportador de nieve fue el Moncayo. Allí, cerca de su cima, estaban los pozos de San Miguel, propios de Tarazona; los tres pozos de Morca, con su casa y dos "arrimaderos", propiedad de Borja; y los de Añón, que llamaban "de los Pilares" y de "Martín de Vela". Cerca del Moncayo, en término de Talamantes, había en 1804 al menos siete neveras de distintos propietarios en la vertiente noreste del monte de la Tonda (neveras de la Hoya de Valdesparvero y de Valdeladrones, entre las cotas 1.320 y 1.420 m.) destacando la de Manuel Millán, con 1.000 "cargas" de nieve de capacidad.

La zona abastecida por los pozos del Moncayo era amplísima: desde la Ríaja Baja y Ribera tudelana hasta la ciudad de Zaragoza y el Bajo Jalón.

Otra importante zona de producción, al servicio de la ciudad de Huesca y los Somontanos altoaragoneses, estuvo situada en las Sierras Exteriores (Caballera, Gratal, Bonés, Gabardiella, Guara, Balcés y Sevil), donde concejos y particulares construyeron sus pozos.

Destacan como centros comerciales los de propiedad particular. Un grupo que perteneció a los Urriés, señores de Nuevo y Arguís, estaban a espaldas del pico de Gratal (a 1.400-1.500 m. de altitud), estudiados recientemente por Painaud y Ayuso, y abastecían a la ciudad de Huesca. Por su parte los Abarca, señores de Serué y San Vicente, tenían los suyos en la Sierra de Bonés y de Javierre ("El Pozo", 1.441 m.) y llegaron a abastecer a Zuera. El pequeño grupo de Cuello Bail (a 1.380 m.), en el camino de Huesca a Nocito, sirvió al Hospital de Huesca.

A mayor altitud se sitúa el pozo del collado de Vallimona (1.807 m.), junto a los "Llanos de Cupierlo" cuyas dolinas se emplearon también como depósitos de nieve.

INCIDENTE EN LAS PEÑAS DE HERRERA (MONCAYO)

«...continuó su ruta hacia el término de Valdeherrera, en el que se hallaban construidas algunas neveras, o pozos para poner nieve, por los vecinos de dicho lugar [de Talamantes], según se hallaba informado; y constituido en dicho terreno, y en lo alto de las peñas llamadas de Herrera, observó y vio por todos los concurrentes subir por el mismo camino bastante número de gente, con cuya novedad dicho Señor comisionado dió orden a los citados trabajadores suspendieran el dar principio a demoler la nevera que se hallaba en dicho terreno, hasta averiguar el destino y fin que conducía a tanta gente a dicho sitio; y habiendo llegado a él resultó ser Phelipe Romanos, alcalde de dicho lugar [de Talamantes], asociado de treinta y ocho hombres, todos armados, los catorce con escopetas y los veinte y cuatro con palos...

[...] Y en vista de todo el dicho alcalde tuvo su sesión y conferencia separada con sus vecinos y personas armadas que le acompañaban, de cuya resulta fue la determinación de que sin embargo de dichos documentos y derechos que se le habían manifestado y tenía dicha ciudad de Borja para demoler y quitar todos los pozos y neveras existentes en su territorio, no permitiría su ejecución con ningún motivo. Y oído así por dicho Señor comisionado, enterado de que dicho alcalde había subido con su gente armada con determinación, sin duda, de no permitir a fuerza de armas dicha diligencia, y que se hallaba indefenso, a causa de que tenía gente, era sin ellas [las armas], pues sólo las tenían los tres fusileros y tres monteros que había llevado para su asistencia; y que no era justo exponer a su gente en un asunto que pudiera ejecutarse por los términos arreglados a derecho y a las órdenes de la superioridad, dió orden para que toda su gente se retirara de dicho sitio...

(22 de agosto de 1774, testimonio de Manuel de las Dueñas, escribano público de la ciudad de Borja. AHPZ, Pleitos Civiles, 375-3, pieza 1, ff. 13 y ss.).

Los concejos de algunas villas cuyos términos incluían zonas de la sierra instalaron allí los suyos, con vistas a su autoabastecimiento. Los muy interesantes de Bolea estaban en el collado del camino de Bentué de Rasal (a 1.250 m.), mientras que Adahuesca los construyó en la sierra de Sevil ("Solano los Pozos", 1.360 m., construidos en 1602). Por su parte Alquézar los tuvo en "Campoluengo", a 1.120 m. de altitud.

Hubo más, sin duda, como señala la toponimia y hemos podido ver en Loarre, Rodellar y Bagüeste, pero falta un censo completo de las neveras prepirenaicas cuyo estudio arqueológico, pionero en Aragón, han iniciado Albert Painaud y Pedro Ayuso.

¿Y el Pirineo?

Escasean las noticias sobre el posible aprovechamiento y comercio de sus grandes reservas de nieve y hielo natural. Jaca, el mayor centro de consumo, se abastecía de sus neveras de Oroel. Pero nada se sabe de la posible extracción de hielo de los glaciares y neveros, objeto de explotación comercial en los Alpes. El balneario de Panticosa, durante su periodo de esplendor decimonónico bien pudo aprovecharse de ellos, como lo hicieron otros centros termales de la vertiente francesa. Pero, salvo la anéc-

dota del "puente de hielo de Estós", que aprovechaba como "nevera natural" la villa de Benasque para sus fiestas de San Marcial, la nieve pirenaica no parece que fuera explotada comercialmente debido, sin duda, al mal estado de los caminos, impracticables para carruajes, y al alejamiento de los grandes centros de consumo del valle del Ebro, que hacían antieconómico su comercio. Sólo en años de grave desabastecimiento ciudades como Zaragoza o Lérida se aventuraban a obtenerlo de tan lejos.

Sólo en la segunda mitad del siglo XIX, cuando se terminó la carretera de Zaragoza al Somport, se pudieron organizar expediciones para recoger crecidas cantidades de nieve con destino al mercado zaragozano. Así ocurrió en 1881 con ocasión de inaugurarse el famoso "Café Ambos Mundos" del Paseo de la Independencia. Fue Mariano Puig, hijo de renombrada horchatera "la señá Mariáneta", el encargado de acopiar nieve en Canfranc, que se trasladó a la capital en larga hilera de carros. Pero fue algo epistódico: por entonces se instalaban en Zaragoza las primeras fábricas de hielo artificial.

En la cordillera Ibérica

Dispersos aquí y allá, otros centros de producción de nieve salpicaban las cumbres de las sierras al sur del Ebro.

«Escasean las noticias sobre el posible aprovechamiento y comercio de sus grandes reservas de nieve y hielo natural. Jaca, el mayor centro de consumo, se abastecía de sus neveras de Oroel»

Pag. I.

MANIFIESTO
**VERDADERO DEL
 HECHO, Y DRECHO,**
 con el qual se ha declarado la pe-
 na de mil y seiscientas libras, en
 que ha incurrido D. Bruno Díaz
 de Contamina, por la frequen-
 cia, y abuso que ha tenido intro-
 duciendo, y vendiendo nieve en
 la presente Ciudad que
 no era de Mon-
 cayo

Archivo Municipal de
 Zaragoza, Caja 88-5.

**«Como
 abastecimiento
 complementario
 al del Moncayo
 se trajo a
 Zaragoza nieve
 de Encinacorba,
 Paniza, Herrera
 y Villar de los
 Navarros, pero
 nunca en
 excesiva
 cantidad»**

Calatayud y su comarca se servían de los pozos situados en la Sierra de la Virgen y de Vicort. Las dos neveras de este último monte abastecieron a Zaragoza sólo en momentos de escasez, pues el transporte hasta la venta de Morata era menester efectuarlo a lomos de caballería. Como abastecimiento complementario al de Moncayo se trajo a Zaragoza nieve de Encinacorba, Paniza, Herrera y Villar de los Navarros, pero nunca en excesiva cantidad.

En el extremo sur del Reino los "ventisqueros" de la sierra de Abejuela y Javalambre (en alturas en torno a los 1.500 m.) sostenían las últimas reservas de nieve para la ciudad de Valencia, caso de agotarse las más cercanas de La Bellida. Y esa función de reserva parece que tuvo la nieve de la sierra de Gúdar respecto a la Plana de Castellón.

Pero cabe añadir que nada se sabe del hipotético abastecimiento de la ciudad de Teruel, que pese a su elevada altitud (ligeramente por debajo de los 1.000 m.), hubo de gastar alguna nieve durante los meses de verano. La misma ausencia de información hay para el resto de las tierras altas de Albarracín, Alto Jiloca y serranías de Montalbán. La existencia de una pequeña nevera urbana en

Peracense (a 1.200 m.) certifica el uso de la nieve, siquiera fuera para el autoabastecimiento de villas y lugares.

El caso de Fuendetodos

Fuendetodos, cuyo casco urbano se sitúa a 750 m. de altitud, constituye un caso singular por varios motivos. Aquí estuvo la mayor agrupación de neveras de todo Aragón, cerca de la veintena. Todas ellas periurbanas, lo que no deja de ser chocante en un centro productor de nieve, y situadas en una cota relativamente baja. No acaban ahí las singularidades: era de los Fernández de Heredia, condes de Fuentes, pero los pozos los disfrutaban vecinos del lugar, tanto infanzones como del "estado llano".

Como una avanzadilla de la cordillera ibérica dentro del valle del Ebro, las sierras jurásicas de Fuendetodos gozaban, y todavía gozan, de una innivación superior a los lugares de su entorno. La máxima cota de su término municipal, el cabezo de los Entredichos, 862 m., viene a coincidir con la altura de la ciudad de Jaca.

Estos condicionantes naturales han de unirse a su relativa cercanía a Zaragoza, tan sólo 8 leguas (unos 40 km.), distancia que permitía transportar la nieve en pocas horas y con escasa merma del producto. Añádase a todo ello que el transporte se realizaba en carro desde los mismos pozos y se entenderá que la patria chica de Goya suene en los documentos como una de las fuentes más importantes de la nieve que consumía Zaragoza, en dura competencia con la del Moncayo, cuyos pozos se hallaban a doble distancia.

Los pozos mixtos

Las nevadas aptas para empozar solían ser episódicas en la tierra llana, como se deduce de la documentación. Cuando nevaba en pequeña cantidad, las más de las veces, no se estimaba conveniente recoger la nieve pues se corría el peligro de mezclarla con tierra. Por eso los concejos vieron con buenos ojos la obtención del hielo en sus propios términos: propiciaba el autoabastecimiento, sin el estipendio de comprar nieve foránea.

operación que se procuraba reservar para los años críticos. Así sucedió en el invierno de 1817-18, cuando en Zaragoza "no pudieron recogerse diez arrobas, cosa tan extraordinaria que apenas se ve en diez años una vez, según las observaciones hechas hasta el presente" y hubo de traerse nieve del Moncayo.

En cambio, cuando ocurrían grandes nevadas, como aquella de 1740 o las del invierno de 1785-86, en los pozos que normalmente llenaban con hielo se empozaba nieve.

Se puede aventurar como hipótesis razonable que por encima de los 500-600 m. los pozos podían empozarse más nieve que hielo, mientras por debajo de esas cotas el hielo sería el recurso más utilizado. Y es de creer que se actuaría como lo hacía el Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza «que según la oportunidad del tiempo procura encerrar [en su pozo] lo que puede», es decir, unas veces nieve y otras hielo.

El magnífico pozo de Barbastro, felizmente conservado, era "de hielo o nieve" y una vez lleno cubría el abasto de la ciudad. Está excavado parcialmente en peña viva y el resto es obra sólida de piedra y cal. De planta rectangular se cubre con una bóveda donde se sitúa el hueco para su llenado. A mediados del siglo XVII se documenta una ingeniosa técnica para aumentar el volumen de hielo empozado: «si elare, por aquella ventana echan cantidad de agua conque de conocido sea augmente el yelo y se contenga de manera que se conserve mas». Cerca se situaban las balsas donde se estancaban las aguas procedentes del río Vero "para elar el agua en ellas".

Extrañamente situados en una zona donde las nevadas debían de ser frecuentes, dada la altitud, los pozos que los P.P. Escolapios tenían en su finca de recreo de Getsemaní (término de Zurita, en la Litera) se especializaron, sin embargo, en la producción y exportación de hielo. El corresponsal de Madoz los describe: «En ella [en la huerta] existen 3 pozos de hielo con sus correspondientes balsas, acaso los mejores de España, en que, según se asegura, está aun el primer hielo empozado después de la construcción de ellas. De este artículo surten a las ciuda-

des de Lérida, Fraga, Barbastro, Monzón y otros muchos pueblos de sus demarcaciones cuando escasean de él, habiendo producido cuantiosas sumas en varios años». No sólo eso, cuando en 1804 la ciudad de Zaragoza quedó desabastecida y se hacía traer nieve o hielo de cualquier sitio donde hubiera se llegaron a ajustar 600 arrobas de hielo, al precio de 2 reales vellón en origen, con el P. Rector del Colegio de las Escuelas Pías de Peralta de la Sal, a quien pertenecían los pozos de Getsemaní. ¡Nada menos que desde 24 leguas (120 km.) —el doble de la distancia al Moncayo— hubo que traer el hielo!

Los pozos de Zaragoza

En Zaragoza, como ciudad más populosa del Reino, el abastecimiento de nieve y hielo era asunto harto complejo y repleto de dificultades. El Ayuntamiento siempre prefirió arrendar su derecho privativo de venta que enfrascarse en un negocio tan sujeto a veleidades climatológicas. Junto con Valencia es muy posible que fuese Zaragoza la ciudad español-

«Fuentetodos, cuyo casco urbano se sitúa a 750 m. de altitud, constituye un caso singular por varios motivos. Aquí estuvo la mayor agrupación de neveras de todo Aragón, cerca de la veintena»

Pozo de nieve en la Sierra de Guara.
Foto: Isidro Aguilera



la de mayor consumo per cápita de nieve. Motivos no faltaban: el duro verano zaragozano y su secuela de enfermedades estacionales, la crecida población

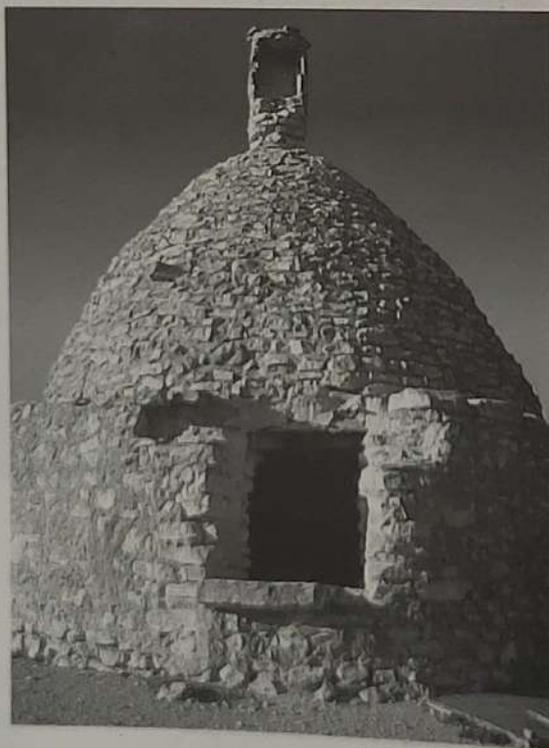
«Para complementar su abastecimiento, Zaragoza construyó dos grandes pozos de hielo. El más cercano a la ciudad estaba en el Arrabal, junto a las Balsas de Ebro Viejo y a la vera del camino de Juslibol»

de eclesiásticos –tan aficionados a beber frío– y la presencia del Real Hospital de Nuestra Señora de Gracia, entre otros factores, a los que habría que añadir, a partir de mediados del siglo XVIII, la moda creciente de consumir aguas heladas, sorbetes, horchatas y helados.

Es evidente que en Zaragoza la nieve se consideró durante mucho tiempo artículo de primera necesidad, y no podía faltar.

Ya sabemos el aprecio que sentían los zaragozanos por la nieve del Moncayo, pero no les hacía mucha gracia tener que pagarla a mayor precio que la procedente de Fuentetodos o de la propia Zaragoza y sus alrededores. Con el tiempo la nieve del Moncayo se reservó para los casos de faltar la “nieve de la tierra”, circunstancia que ocurría a menudo por muy diversas circunstancias, o para los meses de verano.

Para complementar su abastecimiento, Zaragoza construyó dos grandes pozos de hielo. El más cercano a la ciudad estaba en el Arrabal, junto a las Balsas de Ebro Viejo y a la vera del camino de Juslibol (actual plaza de San Gregorio). Los documentos lo denominan indistintamente “Pozo de las Balsas”, “Nevera del Ebro Viejo” o “Pozo de la Nieve del Rabal”.



Villanueva de Huerva, nevera de la Venta.
Foto: José Luis Ona.

Se construyó hacia la primera mitad del siglo XVII en terrenos propiedad de doña Rosa Cavero y don Joseph Heredia –que heredó posteriormente su nieto don Manuel Antonio Esmir– a quienes se pagaba un alquiler.

En un principio el pozo aprovechaba el hielo que se formaba de forma natural en las balsas de Ebro Viejo (galacho inundable, testigo de una variación medieval del curso del río). Las capitulaciones de 1704 establecían que “siempre que en los bagos y balsas de Ebro Viejo nevase o helase sea el primero en recoger el hielo o nieve el Arrendador”.

Pero no debía de ser suficiente cuando el arrendador Cristóbal Arnal, hacia 1775, construyó a sus expensas cinco “heleras” en el propio cauce del galacho para favorecer el proceso de formación del hielo. Con ayuda de cuatro juntas de caballerías, que labraron el terreno, y cuatro peones de pico y otros cuatro de azada, que removían previamente la tierra y ayudaron en la formación de muretes, las heleras quedaron listas y cumplieron su función durante muchos años, hasta mediados del siglo XIX cuando se aterraron las Balsas de Ebro Viejo por motivos sanitarios.

El pozo sucumbió antes, seguramente cuando se acometieron las obras de defensa del Arrabal en 1809 durante el segundo Sitio. Parece ser que era de planta cuadrada o ligeramente rectangular, o al menos ese era el aspecto de su parte no subterránea. El citado Cristóbal Arnal se quejaba en 1774 del mal estado de su interior, con las paredes tan deterioradas “que inficionan el Yelo”. Los arrendadores estaban obligados a reparar solamente el exterior y el tejado y Arnal pide que sean los dueños quienes reparen su interior. Por aquellos años ocurrieron varios desprendimientos de tejas y maderos con peligro cierto para los que “sacan la pasta [de hielo] para abastecer al público”.

El Ayuntamiento de la ciudad, para prevenir males mayores, encargó sendos proyectos de reconstrucción a prestigiosos arquitectos. El que formaron Agustín Sanz y su colega Agustín Gracián (18 de agosto de 1777) era ciertamente ambicioso y con él “quedaría el Pozo con toda

perfeccion». Se proyectó construir una "bóveda de rosca" de medio punto sobre la que iría el nuevo tejado. Pero las obras importaban la crecida suma de 800 libras jaquesas y se prefirió acometer el más modesto que formó Joaquín Gracián, que sólo aspiraba a reforzar las paredes existentes y sanear el tejado. Obra que se realizó a fines de 1777 y costó 23 libras, 3 sueldos y 12 dineros.

El otro pozo lo construyó la ciudad algo más lejos, en la zona del Cascajo, junto al camino real que guiaba a Huesca y Jaca. Al contrario que el de Ebro Viejo, aquí el terreno del pozo era público y sus "heleras", en cambio, de propiedad particular.

Era de gran capacidad y dimensiones, a juzgar por los restos que se evidencian en el corral de la "Torre de la Nevera" (Barrio de San Gregorio o "del Cascajo") y certifican sus actuales dueños. Debíó de construirse también en la primera mitad del siglo XVII y estaba destinado a la conservación de hielo. Las cercanas "heleras" se alimentaban de un brazal procedente de la acequia del Rabal. Agua del Gállego de calidad que formaría un excelente producto. En sus mejores tiempos, a principios del siglo XVIII, se llegaron a reunir allí hasta 350 caballerías, 370 peones y 5 cortadores de hielo en un sólo día de trabajo.

Tal vez la lejanía de la ciudad favoreció su abandono. En 1774 estaba "inútil" y no se usaba. Pudo reedificarse a mediados del siglo XIX.

De conventos y botilleros

Desde siempre en Zaragoza se permitió a los vecinos aprovechar libremente la nieve que caía dentro de sus muros. Era entonces cuando los particulares, en especial los conventos y los dueños de botillerías, se afanaban en recogerla en las calles. Esta provisión extraordinaria les permitía dejar de comprarla temporalmente en las neverías del arrendador, con el consiguiente ahorro económico.

Desde que se estableció en la esquina del Coso con la calle de San Gil, hacia 1748, el famoso botillero napolitano Carmen Montanino siempre que nevaba en abundancia la amontonaba en la misma calle del Coso, frente a su establecimiento. Necesitaba la nieve para

✠

CAPITULACION,

CON QUE LA ILUSTRISSIMA CIUDAD de Zaragoza Arrienda el Abasto de Nieve, ò Yello, por tiempo de tres años, que daràn principio en primero de Enero de el de mil setecientos sesenta y dos, y feneceràn en ultimo de Diciembre de mil setecientos sesenta y quatro, con los pactos, y condiciones siguientes.

I  PRIMAMENTE es pacto, y condicion, que el Arrendador se ha de obligar à dar seis onzas de Nieve por un dinero, por dos doce onzas, por tres diez y ocho onzas, y por quatro veinte y quatro on-

elaborar sus acreditadas "aguas compuestas" y "heladas" que el mismo Francisco Goya hubo de gustar en sus años zaragozanos.

Los conventos en estas circunstancias, especialmente aquellos que poseían grandes huertas cercadas, hacían gran acopio de nieve y en consecuencia construyeron pozos para su propio uso y para vender o regalar a otras casas de religiosos menos favorecidas. El conflicto estalló, sonado y largo, cuando quisieron encerrar hielo por aquello de que las primeras capitulaciones sólo hacían referencia a la nieve. Se les prohibió empozar hielo, salvo con permiso expreso del arrendador, y ellos invocaron su derecho de inmunidad eclesiástica y denunciaron el derecho prohibitivo de la ciudad exigiendo abastecerse separadamente. Se sucedieron pleitos y acuerdos de conveniencia, y durante un tiempo la ciudad les permitió llenar sus pozos a cambio de entregar su contenido para el abasto público devolviéndoles el hielo necesario para su propio uso. Por fin se resolvió la cuestión mediante Concordia entre la Ciudad y el "Estado Eclesiástico", aprobada por Felipe V en cédula de 4 de diciembre de 1722. Desde entonces pudieron abastecerse libremente y sin trabas, al margen de la población civil. A

Archivo Municipal de Zaragoza, caja 80-15.

«Desde que se estableció en la esquina del Coso con la calle de San Gil, hacia 1748, el famoso botillero napolitano Carmen Montanino siempre que nevaba en abundancia la amontonaba en la misma calle del Coso»

«Tuvieron pozos propios los Jesuitas, cuya nevera estaba en las Piedras del Coso, en un corral que daba a la casa donde vivió Goya y su familia los años de 1763 a 1766»

cambio, entre otros pactos, estaban obligados a vender el sobrante de sus pozos para el abasto público.

Tuvieron pozos propios los Jesuitas, cuya nevera estaba en las Piedras del Coso, en un corral que daba a la casa donde vivió Goya y su familia los años de 1763 a 1766. Tras la expulsión de la orden pasó de llamarse "el pozo de la Compañía" a conocerse como "el pozo del Real Seminario". Tenía gran capacidad y permaneció en uso hasta fines del siglo XIX cuando se ensanchó el "Coso Bajo" por aquella parte.

Famoso fue el pozo que los mercedarios tenían en su convento de San Lázaro, junto al Ebro, ocupado luego por el cuartel y hoy bajo los escombros. El de "San Francisco" debió de sufrir durante los sitios y desde luego si sobrevivió a ellos sería terraplenado al poco, cuando la urbanización del actual Paseo de la Independencia. El que también tenían los franciscanos en su convento de Nuestra Señora de Jesús, al otro lado del Ebro, fue adquirido tras la desamortización por el cirujano don Jacinto Corralé y hoy está urbanizado.

Los jerónimos de Santa Engracia no lo construyeron en su amplia huerta, sino en la torre que tenían para su recreo extramuros de la ciudad. En fin, también

construyeron pozos los conventos de Santo Domingo, Trinitarios Descalzos San Agustín, entre otros.

Para cubrir las necesidades de su enfermos, pero prohibiéndole vender a público, la ciudad privilegió al Hospital de Nuestra Señora de Gracia para que pudiera abastecerse de nieve y hielo con plena libertad. Dada la importancia del Hospital y el crecido número de enfermos que albergaba su pozo era uno de los de mayor capacidad de la ciudad pero ¡horror! no se le ocurrió a la Sitiada mejor ocurrencia que construirlo en medio del fosal. Sabemos que en el invierno de 1789 ("apenas podrá presentarse otro ni hay memoria de los pasados que hayan sido tan abundantes de yelos") la Junta o Sitiada que lo gobernaba obtuvo permiso para extraer del "Real Canal Ymperial" crecido número de arrobas de hielo (que se calcularon en 20.000) con el que llenaron el pozo y aún les sobró. ■



Fotografía DANIEL PÉREZ
Industrial y publicitaria

Tfno.: 976 52 54 88 • Móvil: 908 16 75 03 • ZARAGOZA